



### I. La soledad y sus causas

Cuando Ch. Everarts de Velp, secretario general de la Exposición Universal de Bruselas 1958, explicaba al mundo el tema y el objetivo que pretendía dicha Exposición, exponía la "fisionomía de nuestro mundo" con estos epígrafes: Acercamiento de los pueblos y soledad del hombre —Revolución debida a la ciencia, a los transportes y a las técnicas de información— La des-

humanización de nuestra época —Aparición de la angustia.

Se buscaba un conocimiento condensado y visualizado de la figura humana actual. Y la figura humana actual aparecía en soledad. "La soledad del hombre en el mundo moderno —escribía el secretario general— aumenta paradójicamente a medida que se desarrollan las técnicas que deberían precisamente ofrecerle posibilidad de establecer contactos íntimos y fecundos"...

# ¿CÓMO VENCER LA SOLEDAD?

*J. Montero Tirado*

“La soledad del hombre no ha sido nunca mayor. Se diría que todo acontece como si dejado atrás por sus propios descubrimientos, no encontrase ya tiempo para aprovechar los medios de acción de que dispone para tratar de conocer mejor y de comprender a su vecino”.

La soledad es un rasgo característico en el rostro del hombre moderno.

Alguien puede discutirlo. Porque la urgencia de los equipos, los movimientos asociativos locales, regionales, nacionales e internacionales, la imposibilidad de aislamiento físico, el impacto del comunismo, el interés por la sociología, la psicología social, las nuevas ciencias de relaciones públicas y humanas, los mass communications y el turismo son hallazgos de nuestra época.

Si en alguna época de la historia no hubo concepción individualista y ais-

lante del hombre, cierto que es en la nuestra. Hoy estamos convencidos, por filosofía o sin ella, de que no se puede ser almeja ni erizo, de que la apertura a los demás es algo esencial al ser humano.

Si en otro tiempo preferían el adagio latino: homo homini lupus, hoy preferimos decir: homo sine homine inhumanus.

¿Cómo podemos afirmar, entonces, que el mordisco de la soledad nos duele y que hoy sufrimos este dolor más que en otros tiempos? Esto es lo sorprendente. Por esto mismo el sentimiento de soledad es más trágico. Porque parecería que los caminos de solución que el hombre ha conquistado para nuestra civilización le han engañado, y en vez de llevarle a la comunicación, a la sociedad, a la comprensión, a la unión y solidaridad, le han dejado en el desierto.

## Sentimiento de soledad

Existe un triste sentimiento de soledad, al mismo tiempo que disminuye —sobre todo en los jóvenes— la capacidad de soledad.

No sabemos a quién dirigirnos para obtener una palabra segura y desinteresada. En el fondo vemos que lo íntimo nuestro no interesa a nadie. Quizás porque nuestras vivencias, las que queremos desahogar, no le sirven para nada; y hoy todos buscamos sólo lo útil, lo que puede servir para algo.

Quizás porque no hay sintonía. Si mayores, porque soy joven; si jóvenes, porque no entienden las cosas de los mayores; si compañeros...: ¿no perdería ventajas en la competencia social?, ¿guardará el secreto siempre?, ¿se aprovechará algún día de esto para algo? Es más prudente —se oye decir— no fiarse de nadie: ¡sabe Dios las vueltas que da el mundo!

Quizás también es que no hay tiempo para charlar despacio y de verdad: penetrando yo en su intimidad y penetrando él en la mía. ¡Hay que hacer tantas cosas! Hay que trabajar más para ganar más, para divertirse más, para descansar más. Pero divertirse y descansar es hoy *hacer* otras cosas, es decir, hacer más cosas: beber más, comer más, bailar más, acostarse más tarde, hacer más kilómetros, ver más paisajes, más sitios, más películas, etc.

Estar con otro, escucharle, comprenderle, sentir con calor y como propio todo lo que el otro me dice, sincronizar los latidos del corazón, charlar solos muchas horas sin hacer nada: —dicen— ¡qué aburrido!

La conclusión está dicha: si lo mío que necesito y quiero comunicar no le sirve para nada a nadie, no sintoniza, es arriesgado o imprudente decirlo, hace perder el tiempo y además aburre, es como si dejo la puerta de mi

piso abierta, pero todos cierran la suya: miro alrededor y me veo solo.

El que haya surgido como ciencia nueva la teoría y técnica de las relaciones humanas es argumento potente de la reciedumbre de nuestra soledad. Nos encontramos tan solos que investigamos con todos los recursos de la ciencia sobre la necesidad y el modo de relacionarnos; queremos saber con la seguridad que da la ciencia el camino más corto y eficaz para relacionarnos, para no quedarnos aislados.

El éxito rotundo e internacional de Dale Carnegie demuestra lo mismo. Su obra "Cómo ganar amigos", en fabulosas y reiteradas ediciones, ha triunfado porque ofrecía receta fácil y barata al problema de la soledad.

Por este sentimiento, e incluso complejo, de soledad buscamos de un modo casi morboso el contacto con los demás. Nos sobrecargamos de relaciones y, entonces, —lo he leído en algún sitio— perdemos la justa distancia y fracasa todo vínculo realmente estrecho con el prójimo.

Por este complejo de islas o monolitos, endurecidos ya, inflexibles, cuando el agua o la arena llega al cuello, se producen muchos suicidios, excentricidades y neurosis; fenómenos sociales que por lo visto y oído pululan bastante.

Ya está claro. Ni siquiera urge aludir a la soledad metafísica del hombre, eterno y profundo enigma incomunicable, ni a las periódicas crisis de soledad en las distintas edades de la vida. Por lo demás, tampoco hay que vencer el hambriento de que el hambre existe y hace sufrir.

## Disminuye la capacidad de soledad

Hemos dicho también que disminuye progresivamente la capacidad de soledad, y más en los jóvenes.

La calma y el silencio se convierten en algo materialmente insoportable. Necesitamos algo que nos distraiga cada minuto, algo que nos hable, que nos acompañe, aunque sea compañía tan superficial como la de un perro. Si vamos al campo, donde gracias a Dios quedan las últimas reservas de calma y silencio, tenemos que llevarnos el transistor, o, si queréis, ya pronto el televisor portátil. La tarde del domingo hay que ir como imperativo ineludible al fútbol, a los toros, al cine o a la fiesta, pero quedar en casa solos alrededor de la mesa camilla sin hacer nada, es inaguantable.

Hasta la compañía de los libros nos parece insuficiente y leemos con música de fondo, como hay quien necesita acostarse con "música para el sueño" y despertarse con "música para amanecer".

La capacidad de soledad disminuye en proporción directa al vacío interior, a la desinteriorización. Naturalmente si estamos huecos o si nuestro corazón está frío porque nadie lo ha ocupado, es tremendamente soso vernos por dentro.

Otras veces no estamos huecos, pero dentro de nosotros hay algo que turba o problematiza nuestro modo de vida conquistado y preferimos no verlo ni oírlo. Y para esto necesitamos ruido y compañía por fuera que nos distraigan. Por no sé qué secreta intuición muchos estamos convencidos de que en el silencio, en la soledad reflexiva y serena nos puede hablar de alguna manera Dios —otros le llaman la conciencia— y parece que tememos esa voz, esa luz —¡tan cariñosa y amable!— porque nos va a exigir algo en lo que preferimos no pensar.

También reduce nuestra capacidad de soledad el miedo al ostracismo. Incluso por sus repercusiones económicas. Los empresarios, jefes de ventas y agentes comerciales entienden de esto. Y

aunque sea tópico, podemos recordar que esta capacidad de soledad está además seriamente amenazada en muchas jóvenes por su obsesivo miedo a la soltería.

Toda esta menor capacidad de soledad por miedo a la soltería, al ostracismo social y económico, a Dios y a nosotros mismos vacíos o llenos de problemas, explican bastante el movimiento, el activismo e incluso la inestabilidad y excitación psicológica de la vida moderna. Es posible —ahora no lo sé— que este fenómeno también explique muchas más cosas y entre ellas no pocas laudables. Lo que pretendía escribir está: que existe un triste sentimiento de soledad, al mismo tiempo que disminuye, sobre todo en los jóvenes, la capacidad para esa soledad.

#### Qué es soledad

Pero ¿qué es soledad? Soledad es carencia de relaciones. La isla no siente su aislamiento cuando en su interior hay vida y riqueza, o cuando termina dialogando con el mar que le rodea, o saltando más distancias se entiende con otras islas.

Es lo que le pasa al hombre. Antes y después de ser capullo puede ser mariposa que encuentra vigor y color en sus propias alas, que posa y dialoga entre las flores y la naturaleza, y sabe descubrir y querer a otras mariposas. Quien carece de relaciones puede relacionarse con su mundo interior, con la naturaleza y con los demás hombres.

El hombre moderno está más solo precisamente porque ha roto consigo mismo, con su mundo interior, se ha desligado de la naturaleza y ha perdido o no sabe encontrar la compañía de los demás.

La ruptura consigo mismo puede estar provocada porque al hombre moderno no le gusta su propia realidad.



Se la imagina mejor y está descontento de sí. En el cine y en la literatura muchos se han ocupado de presentarnos y sugestionarnos con un tipo de héroes, de hombres y mujeres ideales, a los que todo les sonríe, nada les falta, nunca envejecen ni fracasan, sorprendentemente felices en este mundo en el que nosotros sufrimos, envejecemos, fracasamos y no gozamos el éxito ni la belleza ni la popularidad que ellos.

El hombre actual depende de tantas cosas, de tantas entidades, de tantas personas, que palpa cada día, como la humedad bajo la lluvia, su pequeñez, su limitación y contingencia. Se encuentra inseguro, impotente, insignificante, inestable y problemático. Termina desconfiando de sí mismo y prefiere no mirarse en su espejo interior, sino dejar correr los acontecimientos, esperar el happy end y soñar o dejarse hipnotizar por el brillo de tantas fachadas humanas y comerciales que le reclaman y le entretienen.

#### **Desligado de la naturaleza**

Además el hombre contemporáneo ha roto con la naturaleza. Por lo pronto vive en ciudad y emigra del campo. Pisa asfalto y sus pies no dejan huellas en la tierra. No contempla la naturaleza verde y palpitante, sino grises moles de piedra con las que no puede dialogar: casi todas parecen la misma y están muertas: ni crecen ni florecen ni dan frutos ni dejan simiente. En vez del

gorgojo de las aves o del murmullo vivo de las fuentes oye el ronquido monótono de los motores y el estridor de frenos.

Cuando consume los productos de la naturaleza tiene que romper el celofán, descorchar el casco y abrir el bote, porque la leche, las hortalizas y la fruta vienen en conserva.

Perdido el contacto inmediato con la naturaleza viva no puede oirla, olerla,

respirarla, comprenderla y ennoblecerse con ella. Le rodean el cemento, el acero y la máquina inerte, fríos, desvitalizados. El alma del hombre no encuentra el alma de la naturaleza.

Si sale de turismo a gozar el paisaje, por no sé qué apetito nervioso pasa su vista por todos vertiginosamente y prefiere la cantidad a la calidad, sacar instantáneas de la epidermis a gozar morosamente con la vida de cada rincón. Vino a divertirse huyendo de su aburrida soledad y se marcha solo en busca acelerada de otra diversión.

#### **Soledad junto a los demás**

La soledad es carencia de relaciones, y el hombre moderno, como hemos escrito, carece de relaciones consigo mismo y con la naturaleza viva. Pero ¿se relaciona con los demás? El hombre actual está solo junto a los otros.

Lain Entralgo en su interesante y fecunda obra "Teoría y realidad del otro", al estudiar las formas del encuentro, distingue tres clases de soledad: La soledad del que no ha podido dejar de estar solo. Adán y Mowgli o los niños-lobo de Midnapore; la soledad del que ha perdido la compañía; y la soledad buscada y encontrada por placer o por ascesis.

Está claro que al afirmar la soledad del hombre moderno no la comparamos con la de Adán y Mowgli, ni con la de los solitarios hedonistas o los que eligen la soledad por razones ascéticas. Queremos decir que el hombre está solo porque ha perdido la compañía. ¿Cómo la ha perdido?

A veces ante el otro, —el que está a mi lado, encima o debajo—, actuamos como ante el enemigo. Qué duda cabe de que desconfiamos excesivamente de los demás. Se oye decir demasiadas veces ese nefasto refrán: "Piensa mal y acertarás".

Desconfiamos y quizás hasta le tememos. En la lucha por una existencia mejor, es frecuente tomar a los demás como competidores que pueden adelantárenos y arrebatarnos la única presa. En ese caso los demás no son compañeros sino adversarios: hemos perdido la compañía de los demás.

Pero hay una causa más radical y universal por la que perdemos la compañía de los demás y nos quedamos solos. Es el proceso actual de deshumanización. Deshumanización que se manifiesta en la cosificación del hombre. El hombre no es "tú", sino "ese"; es instrumento de producción, ser útil, objeto de placer, máquina reparable, materia dúctil, personalidad y no persona. Y deshumanizado el hombre no hay posibilidad de encuentro ni de diálogo.

#### **Soledad ante el prójimo «útil»**

Ya nos estamos acostumbrando a valorar los hombres por su rendimiento, por su capacidad de reflejos y producción. Nos resulta casi obvio que se clasifique el personal por números, que se les ordene como a máquinas, se les someta a ritmo de trabajo en serie, impersonal y tan automático como a cualquier pieza de la cadena.

Lógicamente, desde esa perspectiva, los hombres se dividen en dos: útiles e inútiles. Cuando la capacidad de aprovechamiento se ha agotado, se les aparta casi con el mismo gesto que a la gallina que no pone más huevos.

Y esta concepción utilitarista del otro ha envenenado hasta la esfera de la amistad. No es la simpatía o antipatía las que deciden si un encuentro debe buscarse o evitarse, si se ha de cultivar o romper una relación, sino que se piensa en el provecho o ventajas que puedan reportarnos los otros como intermediarios, prestamistas, protectores, etc.

Walter Kerr en su libro "El rechazo del placer" comenta un chiste de 1958 que caricaturiza sagazmente esa calculada e interesada elección de amigos: una señora de la alta burguesía decía muy satisfecha a un grupo de amigas de su misma condición social: "Vamos a ensanchar el círculo de nuestras amistades para poder invitar a algunas personas que nos son simpáticas".

### **Soledad, sin amor por el «sex»**

Por otra parte el cine y la publicidad con sus "ingredientes" —como observa Taddei— están presentando y creando un concepto y relación del hombre deshumanizado: la belleza sensible, el sexo y la violencia (con suspense, risa, emoción y evasión) no son "persona" sino instrumentos o medios de seducción, placer y atracción o sugestión. Al convertir al hombre —y la mujer, claro— en objeto de placer, hemos perdido el auténtico valor humano de su compañía. Hemos truncado la posibilidad fecunda del amor al asirnos desesperadamente al sexo. El sexo es un "escapism". Es la evasión del hombre ante una situación que se le ha hecho insoluble. Es una salida que en realidad no lo es. Es la evasión ante la soledad y ante el sinsentido de una vida sin trascendencia. En la actividad sexual el hombre encuentra una confirmación de que "todavía está vivo" y es alguien no arrinconado ni solo.

Que estamos en una cultura sexocéntrica es afirmación conocida y repetida. Oberndörfer, en el magistral libro "La soledad del hombre en la sociedad norteamericana", —que desde este momento me servirá de apoyo en el artículo— describe con expresión exacta y justa este sexocentrismo de nuestra civilización actual.

Si hemos visto campañas electorales de presidentes, no nos extrañará que los dentífricos se recomienden en traje de baño y que las bebidas nos intere-

sen porque las suelen paladear jóvenes seductores. Al fin la publicidad nos está formando —o deformando— el gusto y terminará por obsesionar a todos, jóvenes y ancianos, como ha logrado obsesionar a no pocas ancianas norteamericanas con sus pantorrillas de goma, sus policromos vestidos y la suscripción a las revistas que más se preocupan del atractivo sexual; y como obsesiona, con mayor razón, a los estudiantes con sus "dating", sus "petting-parties" diarios e impersonales, con el baile sin ritmo ni animación ni diálogo.

Todo esto es poco agradable para seguir comentándolo. Se zanja el tema expresivamente aludiendo al famoso "informe Kinsey". Es muy interesante lo que añade Oberndörfer: Cuando la escala de valores ha hecho crisis, entonces el sexo se convierte en centro. Verdad desde el Becerro de oro y el fin del Clasicismo, pasando por el Renacimiento, la Revolución francesa y rusa, hasta hoy.

### **Solos porque el hombre es máquina**

Nuestra civilización pretende que el hombre, además de ser objeto de placer y útil instrumento de producción, sea máquina reparable. En este sentido Chauchard, como biólogo y moralista, está preocupado porque "el hombre aparece cada vez más como una máquina que se repara a voluntad, y el médico está tentado frecuentemente a actuar como un veterinario o como un ingeniero, y a no tener en cuenta las voluntades y deseos del paciente". El autor enumera después para confirmación una serie de modernas intervenciones deshumanizadas en el delicado e íntimo proceso de la procreación.

Pero si el eugénico tiende hoy "frecuentemente a preconizar prácticas veterinarias" y es crudo reconocerlo, nos resulta quizás más lamentable que la sicología se defina como "ingeniería humana", y el sicólogo sea "técnico de

hombres" que los manipula como materia dúctil.

Resulta inquietante el profundo análisis que Oberndörfer hace de la "autonomía" del hombre actual. El autónomo es objeto de manipulación y se manipula a sí mismo. "Como técnico de las relaciones interhumanas es capaz de sonreír en el lugar oportuno, de encontrar la frase exacta". "Se coloca" con habilidad y tacto —como pieza de una máquina— en todas y cada una de las situaciones. "Versados en trucos psicológicos, aparta de su mente con todos los medios de la automanipulación los turbios pensamientos de las horas amargas de la vida. Incluso el amor cae bajo el dominio de los recursos psicológicos". Es así como el hombre se deshumaniza, se desinterioriza y se aísla.

#### Soledad entre «máscaras»

Y además se engaña. Como se engaña y traiciona también con un optimismo irreal que pretende negar todo lo desagradable, el dolor y la muerte: otra forma de deshumanización y aislamiento al eliminar de sí la vértebra de lo humano.

El hombre moderno sobrevalora la juventud cuando en todas las esquinas nos hace propaganda con sólo rostros juveniles, cuando sus héroes en las pantallas nunca envejecen, cuando con cirugía estética o medicina dental se empeña en ocultar el paso de los años, cuando invierte millones en productos de belleza juvenil. Se deshumaniza ocultando tras el colorete, los polvos y el maquillaje su verdadera imagen humana con achaques, enfermedad o años. Se traiciona escondiendo rápidamente la muerte detrás de los muros del hospital o la agencia funeraria, y viviendo queriendo ignorarla, como si la muerte no fuera nuestra y muy real.

Con este engaño, con la ingeniería humana, con la técnica de relaciones,

con la autonomía y automanipulación, el hombre ha conseguido ser "personalidad" y no persona, se ha puesto una máscara que frustra la mutua confianza al ignorar la verdadera realidad e intención del otro. Enmascarados todos, no logramos el encuentro ni podemos dialogar.

#### Soledad al prescindir de Dios

A quien ha perdido la compañía de los hombres, se halla desligado de la naturaleza y ha roto consigo mismo, sólo queda un cable de relaciones para no estar solo: el que vincula al mundo trascendente, a Dios, por la vivencia religiosa. Pero el hombre moderno cree que no necesita a Dios y ha desconectado esta línea. En una tempestad donde naufraga el sentido general de la vida, ha perdido la trascendencia.

"El hombre de nuestros días —dice Oberndörfer, y lo hemos leído también en Daniélou y otros— ya no interpreta el mundo desde el punto de vista teológico de la historia de la salvación, sino que lo disecca y lo "explica" desde un punto de vista mecánico-causal". Cree que las ciencias le darán la explicación y el dominio de todas las cosas. En el desencanto del mundo interviene este progreso acelerado de las ciencias aliadas a una filosofía materialista. "El mundo occidental ha destronado a Dios como fuerza rectora absoluta y soberana de la vida del hombre".

Con tanto éxito científico en la física, química, biología, astronomía, etc., estamos pensando que el centro y la solución de todo está en el hombre, que nosotros mismos, sin necesidad de Dios, podemos arreglarnos nuestros problemas y ser felices. "Tremenda importancia de este proceso (de debilitación de la trascendencia) que, en último término, se remonta a decisiones espirituales del hombre y no podrá pasar inadvertido a nadie".

Escribíamos al principio: Soledad es carencia de relaciones. Ahora al final de la primera parte, confirmamos la trágica soledad del hombre moderno, aislado de la naturaleza, enemistado consigo mismo, sin la compañía de los que le rozan, le aprietan y le empujan en el cine, en el teatro o en la calle, y sin querer a Dios.

Lo confirmamos convencidos, pero también conscientes de que nuestra rápida descripción de ciertos fenómenos actuales, la elección de datos observaciones y la síntesis quedan sólo esbozadas con rasgos de caricatura. Hemos trazado líneas sobresalientes, aristas características, las tendencias o directrices de las nuevas actitudes. De ninguna manera pretendemos decir que esto es todo y lo único. Bástenos haber logrado suficientemente la conclusión de que la soledad es un sentimiento capital del hombre moderno. ¿Se puede superar este sentimiento?

## II. SUPERACION DE LA SOLEDAD

Es necesario superar la soledad.

Un antropólogo —después de observar a los niños de Midnapore nos urgiría la conveniencia de esta superación diciendo, por ejemplo, que “un aislamiento social iniciado en la primera infancia impide la adquisición de muchos de los caracteres que suelen tenerse por “humanos”; y, por lo tanto, que incluso en un orden estrictamente somático el encuentro interhumano y la convivencia social son imprescindibles para la adquisición de una hombridad cabal y plenaria”...

Un psicólogo o un filósofo se apoyarían en la misma constitución abierta e incompleta del hombre para urgir la conveniencia y necesidad del encuentro.

Pero hay más; para nosotros, mucho más: la razón teológica de que

Dios lo ha dicho en el Génesis. “No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una ayuda que sea como él” (2,18).

## Caminos de solución

El análisis de la soledad y sus causas ilumina el sendero que lleva a la solución: buscar y trabar auténticas relaciones humanas y eliminar las causas de dicha soledad.

Oberndörfer, después de probar el nomadismo del hombre actual, su autonomía, sexualización, optimismo irreal, crisis de sentido y pérdida de la trascendencia, acomete con espíritu constructor la solución al problema de la soledad.

El hombre pretende “explicar” todo olvidando o despreciando el sentido de vida que sus ingenuos mayores habían aceptado sin discusión. Volvamos, entonces, a la auténtica tradición para re-encuentrar esa trascendencia perdida que se apoya en el soporte de la fe en la historia de la salvación.

El hombre se ha deshumanizado con su conformismo, autonomía, acomodación y automanipulación; engañándose con un falso optimismo que pretende eludir y negar la realidad del dolor. Pues precisamente la experiencia del dolor es la que le salvará encontrándose consigo mismo y en la comprensión y cercanía de los demás.

Pero el hombre huye de sí y es máscara para los otros. Se ignora, desconoce a sus semejantes y desconfía de ellos. El debe encontrar, entonces, al hermano para encontrarse a sí mismo. El humilde conocimiento de sí y de la humanidad es lo que le ayudará a encontrar al prójimo. Pero este conocimiento “únicamente es fecundo si el hombre se encara hacia aquel punto en el que convergen y en el que se sostienen todos los hilos de la verdadera comu-

nidad: hacia Dios. Es entonces cuando surge la comunicación; es entonces cuando puede existir la persona que descansa en sí misma, que se opone a los peligros y a los malos espíritus, a la seducción y al extravío de la moderna sociedad”.

Y si el hombre religioso de hoy también padece la soledad, tal vez sea porque ha concebido la religión, ese encararse con Dios, como una ayuda “para dominar la problemática de su existencia”. Y la religión debe ser ante todo una entrega personal e incondicional al Tú divino.

Hasta aquí —me parece— llega el pensamiento hondo y vibrante de Oberndörfer. Debemos reconocerlo: “La soledad del hombre en la sociedad norteamericana” es un libro, con jugo en cada línea, que merece nuestro aplauso y gratitud.

#### **Cristo solo en el camino**

Desde aquí aún podemos caminar más por el sendero iluminado que nos lleva a la superación de la soledad. No sólo —ya lo estará pensando alguno— porque se otea el áspero camino superior de los que eligen y encuentran la soledad por ascética. La de esos que se aíslan en el “lugar de la purificación” —como le llama Martín Buber—, quedando “libres para” en una “autoposición oblativa” (Zubiri). Viven solitarios “preparándose para una convivencia nueva”, “porque la soledad por ascesis es un acto de amor” (Laín Entralgo).

Podemos caminar más, simplemente, como cristianos, es decir, conviviendo con Cristo. No hay soledad posible, no hay carencia de relaciones, para el cristiano que vive la vida de Cristo, en Cristo, y con Cristo.

Quizás en nuestra sociedad hay menos convivencia sobrenatural con Cristo porque hasta nuestra predicación se

está tecnicificando excesivamente; quizás nos preocupan demasiado la psicología, la siquiatria, la sociología, etc., como vías de solución a los problemas humano-divinos, y presentamos demasiada moral casuística sin predicar directamente a Cristo. Quizás incluso, y a veces, nos da vergüenza hablar de Cristo, hablar de su Corazón, de sus deseos e ilusiones. Yo pregunto: ¿qué soledad autónoma puede sentir quien está entusiasmado con Cristo? He aquí un itinerario vital para los cristianos que buscan superación de la soledad.

Está claro que Cristo previó nuestro sufrimiento por la soledad. El mismo, que vino a los suyos, a los que no le recibieron (Jn 1,11), a pesar de ser estimado (Mt 7,29; Jn 7,46), alabado con entusiasmo (Lc 11,27; Mc 7,37), seguido por millares (Mc 6,34ss; Mt 15,32ss), aclamado apoteósicamente (Mt 21,1ss) y querido con fidelidad (Jn 6,66.68), se queja dramáticamente: “Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí” (Mt 15,8). En el fondo “sabía lo que había en cada hombre” y podía comprobar que la compañía de los suyos era fugaz y superficial (Lc 23,18ss; Jn 18,40; 19,4ss. 12ss; Mc 15,16ss). Ya desde la infancia (Mt 2,13-18.22), y más aún después, se evidenció esto en la actitud hostil de las autoridades religiosas; hasta sus parientes le toman por loco (Mc 3,21) y los apóstoles le dejan solo (Jn 16,32). Más. En el último trance de la vida también el Padre le abandona (Mc 15,34).

#### **El cristiano nunca estará solo**

Que Cristo haya padecido tremendamente la pena de la ingrata soledad, tamiza y suaviza el dolor de la nuestra. Con ella nos asemejamos a El. Porque Cristo la ha sufrido, nos resulta más humana y cercana su generosa, radical y segura oferta de compañía.

El cristiano nunca estará solo (Mt 28,20), nunca será huérfano (Jn 14,18), sentirá la protección de quien le quiere paternalmente (Mt 24,37) y el aliento interior de quien le vivifica desde dentro (Jn 14,23).

Cuando estemos solos y agobiados por el peso del dolor, del trabajo o de los años, y no haya para nosotros cireneo que alivie la carga de nuestra cruz, bastará dar un paso o un grito para sentir la mano fuerte y segura de Cristo (Mt 11,28s). Si la sed de superación y de amor es insaciable y sentimos que el ritmo de nuestro corazón no encuentra eco entre los hombres, en el Corazón de Cristo hay para nosotros inagotables fuentes de agua viva donde beber (Jn 7,37; 12,37).

Para tener a Cristo sólo hace falta la riqueza del servicio (Jn 12,26). Más sencillo todavía: basta que dos o tres nos reunamos en su nombre (Mt 18,20).

Y en el peor de los casos, cuando la retina espiritual sea tan débil que prefiramos las tinieblas a la luz y le cerramos la puerta de nuestra alma, te-

nemos la seguridad de que Cristo está a la puerta y llama para entrar (Apoc 3,20).

¿Cómo vencer la soledad? Lo acabamos de escribir:

Reencontrándonos a nosotros mismos y comprendiendo a los otros "hombres" en la aceptación y experiencia del dolor. Con sinceridad para nosotros, sin máscara para los demás, en busca del encuentro personal con nuestra humilde realidad.

Volviendo a la tradición para el hallazgo de la trascendencia y fe perdida. Dialogando con Dios por los hilos que convergen en El y que El sostiene creando la verdadera comunidad y comunicación.

Entregándonos a Dios como Tú divino, y no buscándolo solamente como ayuda para dominar nuestra problemática. Incluso eligiendo la soledad ascética y pidiendo la soledad mística que lleva al matrimonio espiritual con Dios. O, simplemente (!), viviendo de Cristo, en Cristo y con Cristo.